

The book cover features a vibrant red background with dynamic, wavy black and white patterns that create a sense of movement and depth. The text is centered and presented in a clean, white, sans-serif font.

Rabí Aaron Shlezinger

Las Gemas de la Torá

Ediciones Hebreo Digital

LAS GEMAS DE LA TORÁ

Las Gemas de la Torá

Autor: Rabi Aharon Shlezinger

1a edición: Septiembre 2010

© 2010 by Libro Digital Hebreo

Reservados todos los derechos de la presente edición

E-mail: hebreodigital@hebreodigital.com

www.hebreodigital.com

EXTRAVAGANTE JUICIO CONTRA UN ANIMAL

En la Torá se ordena que exista justicia en el mundo, que los jueces sean honestos y juzguen correctamente en toda la medida de sus posibilidades, como está escrito: «Justicia, justicia, perseguirás» (Deuteronomio 16:20). Se repite la palabra justicia para acentuar la necesidad de resolver cada pleito en forma apropiada, y responsable. Incluso cuando se trate de algo que parezca insignificante, deberá juzgárselo con dedicación absoluta y responsabilidad. E incluso cuando se trate de un daño producido por un animal, éste deberá ser juzgado por un tribunal que lo condenará o lo declarará inocente.

Observad lo que se declara en la Mishná acerca de este asunto: Un lobo, un león, un oso, un leopardo, una pantera, o una serpiente, en el caso en que hayan matado a una persona, deberán ser juzgados por un tribunal integrado por 23 jueces. Y si el animal es hallado culpable, deberá ser ajusticiado.

En el Talmud se explica que esta declaración de la Mishná se refiere a animales que tenían un dueño.

Rabí Eliezer considera que todo el que se adelanta a matar al animal que asesinó a una persona obra acertadamente, pues evita que ocurran nuevos accidentes con ese animal. Sin embargo Rabí Akiva sostiene que los animales deben ser juzgados por un tribunal integrado por 23 jueces, con excepción de una serpiente, que es un animal propenso a matar siempre. Por eso, quien la mate, habrá hecho bien, ya que así quita al dañador del mundo. Y la ley se determina de acuerdo con la opinión de Rabí Akiva (Mishná, tratado de Sanhedrín 1:4).



UN TRABAJADOR EJEMPLAR

En la Torá se da una gran importancia a lo relacionado con el trabajo y las leyes laborales, se pone

especial énfasis en la necesidad de respetar los contratos y convenios laborales. El trabajador debe cumplir con su tarea apropiadamente, trabajando fielmente, sin holgazanear, y el empleador debe tratar correctamente a su empleado y cumplir con la paga en el tiempo que corresponde. Como está escrito: «No engañarás a tu empleado entre tu hermano que es pobre o indigente, ni al prosélito que está en tu Tierra, ni al que se encuentra en tus ciudades. Ese mismo día le darás su paga; el Sol no se pondrá sobre él, pues es pobre y su vida depende de eso; que no clame en contra de ti ante El Eterno, pues habrá en ti pecado» (Deuteronomio 24:14–15).

Y como dijimos, no sólo el empleador está obligado a cumplir con la paga que corresponde en el tiempo adecuado, sino que también el empleado está obligado a cumplir con su trabajo en forma apropiada. En el Talmud se narra un suceso inédito de un trabajador que cumplía con su trabajo de modo riguroso: Aba Jilkía era un individuo especial, cuando el pueblo necesitaba que

lloviera, los sabios enviaban a comunicárselo a Aba Jilkía, entonces él oraba a Dios, y llovía.

En una ocasión, los sabios designaron a dos eruditos y los enviaron para comunicarle que el pueblo necesitaba lluvia, para que pidiera a Dios que hiciera llover.

Los enviados fueron a su casa pero no lo encontraron. Se dirigieron al campo y lo hallaron trabajando la tierra. Lo saludaron, pero él no dirigió hacia ellos su rostro ni los recibió amablemente, sino que prosiguió con su labor.

Cuando atardecía, al finalizar su tarea, recogió unas maderas para llevarlas a su casa. Colocó las maderas y la herramienta de trabajo sobre uno de sus hombros, y a la capa que llevaba, la puso sobre su otro hombro. Además, durante todo el camino no llevaba zapatos en sus pies. Solamente cuando llegó a un sitio en el que había agua se colocó sus zapatos, cruzó, y después se los volvió a quitar.

Cuando llegó a un tramo del camino en el que había espinas, levantó el borde de su ropa. A causa de ello sus pantorrillas quedaron sin protección, los pinchos rozaban su carne y se lastimaba las piernas.

Al llegar al poblado, salió a su encuentro su esposa totalmente ataviada y embellecida.

Cuando llegó a su casa, su esposa entró en primer lugar, luego entró él, y por último se les permitió entrar a los eruditos.

Una vez adentro de la morada, Aba Jilkía comió pan sin decirle a los eruditos: «¡Venid y comed conmigo!».

Posteriormente dio de comer a sus hijos. Dividió el pan, dándole al más grande una rebanada, y al más pequeño dos rebanadas.

Aba Jilkía le dijo a su esposa: «Yo sé que los eruditos han venido por lluvia, para pedirme que ore a El Eterno

por esa causa. Por eso subamos a la azotea y oremos a El Eterno para que conceda lluvia. Es posible que El Eterno se apiade y otorgue lluvia, sin que sea atribuido por los eruditos a nuestros méritos».

Ambos subieron a la azotea, se pusieron de pie uno en un rincón y el otro en otro rincón, y ambos oraron por lluvia. Inmediatamente su plegaria fue respondida y las nubes se aproximaron primeramente por el sector donde estaba ubicada su esposa.

Cuando descendió, les dijo a los eruditos: «¿para qué habéis venido eruditos?».

Los eruditos le respondieron: «los sabios nos han enviado a usted maestro, para que ore y pida por lluvia».

Aba Jilkía les dijo: «bendito sea el Omnipresente, pues vosotros no necesitáis a Aba Jilkía, pues Él ha enviado lluvia antes de que me lo solicitéis».

Los eruditos le dijeron: «nosotros sabemos que la lluvia vino por usted, maestro, porque oró a El Eterno y Él le respondió. Pero díganos maestro cual es el misterio de algunas actitudes que hemos visto en usted y nos sorprenden».

EL INTERROGATORIO

Le preguntaron: «maestro, ¿cuál es la razón por la que cuando lo saludamos, usted maestro no dirigió hacia nosotros su rostro ni nos recibió amablemente?».

Les dijo: «estaba contratado por la jornada. Y por cuanto que me pagan por el día completo de trabajo, no es correcto que lo abandone siquiera por un instante. Por eso no os dirigí el rostro ni os recibí amablemente».

Los eruditos prosiguieron preguntando: «¿y por qué razón usted maestro colocó las maderas y la herramienta de trabajo sobre uno de sus hombros, y la capa sobre el otro hombro? Hubiera sido más propicio

que dejara su capa sobre usted, para que proteja sus hombros del roce con las maderas y no se lastimara».

Aba Jilkía les respondió: «la capa no era mía, sino prestada. Y cuando la solicité, fue con el fin de vestirla, y no con el fin de cargar algo sobre la misma».

A continuación le preguntaron: «¿y por qué razón usted maestro durante todo el camino no llevaba calzado en sus pies y cuando llegó a un sitio en el que había agua se colocó sus zapatos?».

Aba Jilkía les dijo: «durante todo el trayecto podía ver por donde caminaba y evitar las piedras y las espinas, de modo que me era posible cuidar los zapatos, para que no se estropeen, pues no poseo dinero para comprar otros en caso de que se rompieran. Pero al llegar al agua no podía ver lo que hay en su interior, y corría el riesgo de que me mordiera alguna víbora o un animal dañino. Debido al peligro existente los calcé en mis pies».

Los eruditos prosiguieron preguntando: «¿y por qué razón usted maestro cuando llegó a un tramo del camino en el que había espinas, levantó el borde de su ropa, y por esa causa los pinchos rozaban su carne y se lastimaba las piernas?».

Aba Jilkía les explicó: «los raspones de la piel se curan, pero la ropa cuando se rasga, no vuelve a componerse».

Aun insistieron y le preguntaron: «¿y por qué razón usted maestro cuando llegó al poblado, salió a su encuentro su esposa totalmente ataviada y embellecida?».

Aba Jilkía les dijo: «para que ponga mis ojos en ella y no en otra mujer».

Los eruditos siguieron cuestionando: «¿y por qué razón usted maestro cuando llegó a su casa, su esposa entró en primer lugar, luego entró él, y por último se nos permitió entrar a nosotros?».

Aba Jilkía les respondió: «porque no os conocía, y no quise dejar a mi mujer sola con hombres extraños desconocidos».

A continuación le formularon esta otra pregunta: «¿y por qué razón usted maestro una vez dentro de la morada, comió usted pan sin invitarnos también a nosotros diciéndonos: ¡Venid y comed conmigo!?».

Aba Jilkía les dijo: «porque no poseía mucho pan, entonces me dije a mí mismo: no sea que los eruditos crean vanamente que hice un acto de generosidad con ellos, ofreciéndoles compartir mi comida, cuando yo sabía que de todos modos no les daría. Ya que vosotros mismos hubiereis observado que no poseo suficiente para todos y no hubiereis aceptado el convite. Dado que actuar de ese modo sería un engaño, preferí obrar como lo hice».

Los eruditos insistieron: «¿y por qué razón usted maestro dividió el pan, dándole a su hijo más grande una rebanada, y al más pequeño dos rebanadas?».

Aba Jilkía respondió: «porque el niño mayor está en la casa todo el día, y puede comer de lo que hay aquí, pero el pequeño se encuentra todo el día en la sinagoga, estudiando con su maestro, y allí no recibe comida, por eso al llegar la noche está más hambriento que el mayor».

Los eruditos volvieron a preguntar: «maestro, ¿y por qué razón las nubes se aproximaron primeramente por la dirección en la cual estaba ubicada su esposa y después aparecieron nubes por la dirección en la cual usted se encontraba?».

Aba Jilkía les dijo: «porque la mujer se encuentra permanentemente en la casa, y le entrega pan a los pobres cuando vienen a pedir. Además, la generosidad de ella produce un efecto más próximo que el de la mía en el provecho del necesitado. Ya que el pobre come el

pan que ella le otorga inmediatamente, pero si yo le entrego dinero, debe molestarse y salir a comprar el pan para comer. Resulta que cuando yo soy generoso con un pobre, transcurre más tiempo hasta que disfruta de lo que le pueda dar, y la molestia es mayor, comparándolo con lo que acontece en el caso de mi esposa. Además existe otra causa por la cual la oración de ella fue respondida antes que la mía. En el pasado existió un acontecimiento con unos hombres perversos que vivían en la vecindad. Yo oré para que murieran, pero ella oró para que se arrepientan de su mal proceder y retomen la senda del bien. Y efectivamente se arrepintieron de su mal accionar y se convirtieron en hombres de bien» (Taanit 23^a, *mefasrhei hatalmud*).